

EL FANATISMO EN LA BIBLIA

Angel GONZALEZ NUÑEZ

En síntesis

¿Es la Biblia, con su monoteísmo y su idea de un pueblo elegido, base del fanatismo de las religiones y culturas que tienen en ella sus raíces? ¿O hay allí, por el contrario, una denuncia radical de los principios del fanatismo y una praxis de lucha por su superación?

Las manifestaciones de intolerancia y celo violento que la Biblia registra están en contradicción con la imagen de Dios padre, creador y salvador universal, y con el proyecto de comunidad humana justa y fraterna, principio de bendición para todos los pueblos.

La Biblia da lugar a que cataloguemos en tres frentes lo que se puede entender como las bases y las líneas de manifestación del fanatismo: Intento de manipulación del Absoluto, con la pretensión de poseer toda la verdad, toda la razón y toda la justicia; secta-

rismo discriminador y violento; cultivo de una auto-comprensión unidimensional y alienada.

La Biblia acusa como aberrante la manipulación de las mediaciones religiosas; en ellas pretende el fanático atrapar al Absoluto. Dios es proclamado como Yahveh, «Yo soy el que veréis que soy», y como Amor; y por ello desborda toda posesión y se revela siempre de nuevo sujeto de una iniciativa a la que el hombre ha de responder. La apropiación de la verdad y el exclusivismo intolerante y violento chocan estrepitosamente con el universalismo proclamado por el mensaje de la Biblia. La religiosidad alucinada y evasiva no puede compaginarse con la ética profética y cristiana.

La Biblia puede ser manipulada y usada fanáticamente, como cualquier mediación. Pero nadie podrá ignorar que en ella se denuncian y se combaten los principios del fanatismo.

Delimitación del tema

Ninguno de los dos términos del título que encabeza este estudio requiere en este momento una especial explicación. El fanatismo es el tema de toda esta serie, y en ella tendrá, sin duda, las debidas matizaciones. Por Biblia entendemos el Antiguo y el Nuevo Testamento como un todo unitario; ésa es la Biblia cristiana.

Pero es la asociación de los conceptos fanatismo y Biblia la que tal vez deba aclararse. Por sí misma, no deja duda de que vamos a tratar, en primer término, del fanatismo religioso. Pero conviene advertir que, dado que la religiosidad impregna en la Biblia los diversos campos y niveles de la realidad, el fanatismo religioso tendrá una fuerte dosis de otros componentes, que permitirían también hablar de fanatismo político y cultural, nacionalista y hasta racial. Aparte de esa advertencia, observamos también que la comentada asociación es susceptible de sugerir diversas preguntas, y es importante decidir cuáles son las que nos pueden interesar en esta hora.

A) DOS ORDENES DE PREGUNTAS

En primer lugar, preguntaríamos si es la Biblia, con su monoteísmo y su convicción de que hay un pueblo elegido, la base del fanatismo religioso de los pueblos y culturas que tienen en ella sus raíces, o si esa supuesta base está en el mal uso o abuso de la misma. El fenómeno es bien conocido y frecuente; y no son las religiones que se sustentan de la Biblia las únicas que apoyan actitudes y conductas fanáticas en sus sagradas escrituras. Pero se debe inmediatamente preguntar si la Biblia ofrece también principios claros para detectar y denunciar el fanatismo, y si presenta una praxis de lucha por su superación.

Es evidente que en nuestro interés entran conjuntamente esas dos suertes de preguntas. Por lo demás,

no suelen andar lejos las unas de las otras. Sus respectivos datos no se excluyen; más bien se encuentran juntos, en enfrentamiento dialéctico, en la Biblia y en nuestra presente experiencia.

B) MODO DE PROCEDER

Delimitadas así nuestras preguntas, debemos también aclararnos previamente sobre el procedimiento a seguir para tratar el tema de modo adecuado.

De entrada, debemos constatar que los creadores literarios de la Biblia no conceptualizaron el fenómeno que nosotros llamamos fanatismo. En consecuencia, no disponemos de claves terminológicas por las que podamos comenzar este análisis. A pesar de ello, no es de datos de lo que vamos a carecer. En la mente de todos están o acuden en tropel actitudes, comportamientos y acciones, registrados en la Biblia, que nadie dudaría en definir como fenómenos fanáticos.

Podíamos tomar como ejemplo los textos que representan a Yahveh como un Dios celoso, que no admite ni asomo de alternativa a su absoluto y exclusivo señorío en la naturaleza y en la historia, que aniquila a los enemigos y que exige a su pueblo cumplir rigurosamente con el *herem*. Está claro que semejante imagen de Yahveh es creatura de un pueblo que, como otro cualquiera, dio muestras en su historia de obcecación en sus creencias, de intolerancia sectaria y violenta y de particularismo exclusivista.

Esos rasgos tienen un marco provisional de explicación en la beligerancia que ese pueblo da al elemento emotivo sobre el racional, en su cosmovisión pan-religiosa y en el ambiente histórico-cultural de violencia en que se movió en la mayor parte de su historia. La religión no está inmunizada ante la presión de esos factores. Al contrario, es en ella en donde repercuten tal vez con impacto mayor.

Lo significativo es que esos rasgos no pasan desapercibidos al pueblo que los detenta. Más aún, se puede decir que los ve en serio contraste con una imagen muy diversa que tiene de Yahveh y con el proyecto que tiene sobre sí mismo como su pueblo elegido.

En desacuerdo con ese Dios celoso y vengador está el que se hace conocer por los atributos de creador y salvador, como padre y pastor, como misericordioso y compasivo. Aislar aquello de esto sería hacer una caricatura teológica. Y ese pueblo, comprensiblemente egocéntrico y particularista, en medida semejante a otros pueblos, tiene la innegable grandeza de entender que debe convertirse en una comunidad humana en donde reinen la justicia, la paz y el amor, y con ello ser principio de bien y bendición para todos los pueblos. Ese fue su difícil proyecto y su inquebrantable esperanza.

El choque dialéctico entre lo que ya es y lo que debe conseguirse nos hace ver las figuras en permanente movimiento. Ni Dios acabó de revelarse ni el pueblo de realizarse. La faz cambiante de Dios y el continuamente renovado proyecto de ese pueblo, a lo largo de toda la Biblia, hablan del dinamismo, que lucha por alcanzar lo que aún no es.

En esa línea de lucha se sitúan, frente a frente, el fanatismo y el antifanatismo de la Biblia. Lo que nosotros llamaríamos actitudes y conductas fanáticas es

objeto de severa denuncia en los profetas, queda en evidencia a la luz de la enseñanza humanista de los sabios y es incompatible con la enseñanza de Jesús y con el mensaje central del Nuevo Testamento.

C) UNA DEFINICION OPERATIVA

De todos estos factores, que seguirán ahora mismo ocupando nuestra atención, podemos provisionalmente deducir una definición operativa de lo que sería en la Biblia el fanatismo, de haberse acuñado allí un nombre para ese concepto.

Fanatismo es aferramiento acalorado a un punto de vista, con expresión del mismo en actitudes, comportamientos y acciones, en los que se pueden notar estas constantes: intento de manipulación del Absoluto, particularismo intransigente y violento y una obcecación alucinada, limitadora del ejercicio de la personalidad consciente y libre. Son tres factores entrelazados y que se implican mutuamente. Y afectan la relación del hombre con el Dios trascendente y personal, la relación social humana y a la persona del fanático.

Según esta definición, estructuraremos nuestro estudio haciendo primeramente un esbozo de los fenómenos fanáticos atestiguados por la Biblia, y analizando luego la evidencia de los tres factores indicados, con su correspondiente denuncia y rechazo.

Fenomenología del fanatismo en la Biblia

Una inmediata toma de contacto, con la realidad del fanatismo en el pueblo de la Biblia, se puede conseguir por la sencilla observación de algunos rasgos llamativos de las instituciones que guiaban a ese pueblo y por una rápida casuística que espigue unas muestras en su historia.

A) EN LA RAIZ DE LAS INSTITUCIONES

Las instituciones rectoras del pueblo, cada una a su modo, exhiben en su curriculum, cuando no ya en su génesis, rasgos de intransigencia violenta, de obcecación incomprensiva o de absolutismo doctrinario.

Los reyes abusan del poder, como denuncia ya desde el principio su carta institucional (I Sm 8,10-18).

Los levitas se «llenan la mano» o se consagran, en la época mosaica, por un acto de celo violento, que no perdona a padres, ni a hermanos ni a hijos (Dt 33,8s).

El nebiísmo extático antiguo y el profetismo oficial hacen gala de un entusiasmo y ardor de tipo religioso que apenas tiene rostro humano, que aminora visiblemente la indispensable lucidez y que reduce la persona a mínimos de su ejercicio (I Sm 19,18ss; I Re 21; Jr 28). El pathos divino y el celo religioso se traducen en profetas como Elías en mortífera violencia (I Re 18,21ss). El talante del profeta como tipo religioso tiende a mostrarse intransigente.

Los sabios representados por los amigos de Job no hacen ejercicio de la medida que predicán; con su férrea doctrina se sitúan por encima de los hombres y de Dios. El fanatismo doctrinal tiene en ellos un buen ejemplo.

Los fariseos retratados por el Nuevo Testamento no parecen tener inconveniente en sofocar, en nombre de una supuesta fidelidad a la ley, el mejor sentimiento humano.

B) CASUISTICA DEL FANATISMO

Una rápida mirada en busca de muestras de fanatismo en la Biblia encontraría enseguida una variada casuística, susceptible de completar la imagen ya esbozada con otros datos de celo insensato, de intransigencia sectaria y hasta criminal, cargada unas veces sobre la supuesta exigencia de la ley y otras atribuida a la espontánea iniciativa del pueblo o de sus representantes.

La ley del anatema y del *herem*, expresión de una religiosidad carente de ética, prescribe el exterminio de toda la población de las ciudades cananeas, o porque habrían hecho pecar a Israel o porque, de subsistir, seguirían siendo una trampa y una tentación (Nm 25,17s; Dt 12,2; 20, 16-18; Jos 11,19). Ese mismo rigor se debe ejercitar cuando es el profeta el que tienta, o los hermanos, los hijos, la esposa.

«Tu ojo no se apiadará de él. No le perdonarás ni le encubrirás, sino que lo matarás sin remisión. Tu mano ha de ser la primera que se levante contra él para hacerle morir, y luego la de todo el pueblo» (Dt 13,3s,7-10).

En la historia de la conquista se refiere cómo las tribus de Israel se reúnen en Silo para declarar guerra a muerte a las tribus de Transjordania, por haber eri-

gido un altar junto al Jordán. Sólo una laboriosa explicación, que hace ver que no se trata de un altar, sino de un monumento conmemorativo, evita la guerra fratricida (Jos 22,11ss).

Una racha de celo de carácter nacionalista, mezcla de fanatismo religioso y político, lleva a Saúl a decretar una matanza de gentes de Gabaón, que eran cananeos aliados de Israel (II Sm 21,1s).

El general Zimri extermina por completo a la familia real de Baasa, obedeciendo o amparándose en la consigna de un profeta (I Re 16,11-13).

Otro militar usurpador, Jehú, después de asesinar a los reyes Joram de Israel y Ococías de Judá (II Re 9,22ss), se encuentra con el recabita Jonadab y le dice:

«Sube conmigo y verás mi celo por Yahveh. Lo llevó en su carro, entró en Samaria y mató a todos los supervivientes de la familia de Acab, hasta el completo exterminio, según la palabra de Yahveh al profeta Elías» (II Re 10,16s).

Sacerdotes y profetas condenan a muerte a Jeremías, por la sencilla razón de haber pronosticado que el templo de Jerusalén sería destruido, como lo había sido el de Silo (Jr 26,7ss).

Los macabeos imponen por la fuerza la práctica de la circuncisión y matan en nombre de la ley (I Mac 2,46-50; II Mac 14,6-10).

Los fariseos condenan como maldito al pueblo que ignora la ley y a las gentes que siguen a Jesús (Ju 7,49).

Los judeocristianos exigen fanáticamente la observancia de los mandamientos dietéticos a los cristianos que vienen del paganismo (Hch 15,5ss), y espían a Pablo y a sus incircuncisos con el objeto de imponérselo (Gl 2,4s).

Particularmente llamativo, por su peculiaridad y por su universalidad y virulencia, es el fanatismo antirreligioso, lo mismo si se practica en nombre de otro credo como en nombre de la irreligiosidad; ésta se viste, en el caso, de un particular pathos religioso, y ése es el lado paradójico.

De este tipo de fanatismo hay abundantes ecos en la Biblia. Israel y el cristianismo naciente pintan a sus enemigos como perseguidores religiosos. Y, de ser así, habría que acordarse de los egipcios, los asirios, los caldeos, los persas, los griegos, los romanos. Sin alargarnos en el tema, podemos mencionar la represión que contra el judaísmo emprendieron los selúcidas, en el reinado de Antíoco Epifanes. Presenta rasgos típicos de verdadero fanatismo.

«Echaban al fuego, después de haberlos rasgado, todos los libros de la ley que podían encontrar. Si en poder de alguien hallaban un libro de la alianza..., se le condenaba a muerte, en virtud del decreto del rey» (I Mac 1,56s).

El rey «mandó a los soldados que hirieran sin piedad a cuantos cayeran en sus manos... Fue una matanza de jóvenes y de ancianos, un exterminio de hombres, de mujeres y de niños» (I Mac 5,12s).

La más sistemática expresión de esta brutalidad se puede encontrar en la literatura apocalíptica y relatos

afines, como pueden ser el libro de Daniel y los libros de Judit y de Ester. El Apocalipsis del Nuevo Testamento se hace eco de la persecución del cristianismo por parte de los romanos.

Pero ese tipo de intolerancia religiosa, con colores fanáticos, se dio también dentro del pueblo de la Biblia a lo largo de su historia. Un caso que habla por muchos puede ser el de la persecución de los profetas emprendida por Acab y por su mujer fenicia Jezabel (I Re 18,13; 19,10-14). Es cierto que Elías y profetas de su talante profesan y practican un celo por Yahveh, que es muy capaz de generar ese fanatismo antagónico.

El libro de la Sabiduría refleja la filosofía de esa irreligiosidad beligerante, cuando formula su propósito de acabar con la raza de la gente de bien.

«Acechemos al justo que nos resulta incómodo, se opone a nuestras acciones, nos echa en cara las faltas contra la ley, nos reprende las faltas contra la educación que recibimos.

Declara que conoce a Dios y dice que él es hijo del Señor... Lleva una vida distinta de los demás y va por camino aparte.

Nos considera de mala ley y se aparta de nuestras sendas como si contaminasen...

Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay quien mira por él» (Sab 2,12-16, 20).

El Nuevo Testamento habla del odio a los cristianos por razón del odio a Jesús.

«Todos os odiarán por causa mía. Pero el que resista hasta el final se salvará» (Mt 10,22).

«Os entregarán al suplicio y os matarán; por mi causa os odiarán todos los pueblos» (Mt 24,9).

«Si permanecierais en el mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; pero, como no le pertenecéis, sino que al elegiros yo os he sacado del mundo, el mundo os odia» (Jn 15,19).

Una muestra de fanatismo religioso enemigo de una religión en nombre de otra es el del apóstol Pablo, según su propia confesión.

«Me eduqué en todo el rigor de la ley de nuestro padre y tenía tanto fervor religioso como vosotros ahora. Yo perseguí a muerte este nuevo camino, apresando y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres» (Hch 22,3-4)

«Con qué saña perseguí yo a la iglesia, tratando de destruirla» (Gl 3,13)

«Si se trata de intolerancia, yo fui perseguidor de la iglesia» (Flp 3,6).

C) EL JUICIO INTRABIBLICO

Esta policromada casuística nos puede dar un poco de idea de los muchos matices de fanatismo que protagonizó y que sufrió el pueblo de la Biblia.

Pero todas esas variantes tienen en la Biblia misma su juicio. Unas veces su condenación va inherente a

la presentación misma del caso; otra se hace a la luz de sus funestas consecuencias. De modo global y absoluto, el fanatismo queda denunciado por su incompatibilidad con la imagen de Dios creador y salvador universal, y con el proyecto de una comunidad de

alianza, en que deben reinar la justicia, la paz y el amor. A una u otra hora, y dentro del proceso clarificador que experimenta la conciencia del pueblo de la Biblia, las diversas formas de fanatismo van todas oyendo su denuncia.

Manipulación del Absoluto

El primer frente y factor del fanatismo es el intento de manipulación del Absoluto. Es un fenómeno muy amplio en rasgos y manifestaciones y de alcance profundo. Constituye la raíz de los otros factores y se halla presente en todos los fanatismos, aun aquellos que no parecen religiosos, el científico, el doctrinal, el político, el racista o el clasista.

Este al parecer extraño intento no lo es tanto cuando vemos que se presenta en forma de posesión de toda la verdad, de toda la razón, de toda la rectitud. La Biblia alude a ello en la misma historia adamita, cuando habla de aquella sugerencia que tiene tan pronta acogida: «Seréis como dioses». Parece que el ser como Dios es algo irrenunciable para el hombre, hecho para ser imagen de Dios. Para llegar a esa meta, en la Biblia se habla de dos vías: la de la conquista, que no llega a la meta porque en su dialéctica está su negación, y la adorativa, que alcanza a Dios a quien afirma.

A) ABSOLUTIZACION DE LAS MEDIACIONES

Adueñarse de Dios es tomar en la mano un arma poderosa para dominar con ella a los demás; en su nombre se han cometido los más grandes atropellos. El que tiene esa pretensión se ha convertido en un déspota en medio de los hombres. Por esa manipulación el hombre intenta evadirse de todo compromiso emanado de norma heterónoma, y se constituye él en norma suprema, a su arbitrio y medida.

El lugar de la manipulación no es ni puede ser otro que el de la teofanía. Dios viene al encuentro del hombre en mediaciones que están en su propio mundo natural y social, y es ahí donde el Absoluto se hace alcanzable de algún modo.

El procedimiento es el de la absolutización de la mediación cercana y asible, que desde ese momento será un absoluto creado, disponible. Dios queda a merced del hombre —según éste pretende— en mediaciones naturales y sociales, en dogmas y en doctrinas, en las instituciones políticas y en las religiosas, en el culto y en el carisma.

La Biblia expresa también el intento manipulador del Absoluto en términos de relación dominativa, como tentar a Dios, probarle, pedirle cuentas y fijarle plazos o darle ultimátums. Es bien conocido ese lenguaje en las tradiciones del desierto, con nombres de lugares como Masa y Meriba, que aluden a prueba y a contienda del pueblo mosaico con Yahveh (Ex 17,2,7; Dt 6,16; Sl 78,18.41.56; 95,9; 106,14; cf Ez 12,22; 18,2). Para exponente del fenómeno sirva este texto del libro de Judit:

«¿Quiénes sois vosotros para tentar a Dios en este día?... Si no quiere socorrernos en el plazo

de cinco días, él tiene poder para socorrernos cuando quiera y también para aniquilarnos a la vista de nuestros enemigos. No exijáis plazos a los designios del Señor, porque Dios no es como un hombre para dejarse amedrentar, ni como un mortal para someterse a su imposición» (Jdt 8,12.15s).

B) LA DENUNCIA PROFETICA

Esas aberraciones de pretensión dominativa nos llegan ya en la Biblia valoradas en forma de denuncia y de juicio. Pero vemos que es un abierto campo de batalla en donde el hombre religioso, como puede serlo el profeta, se enfrenta permanentemente con el mago y el idólatra, que se hacen sus absolutos y luego los adoran.

El profeta aclara que el hombre no puede hacerse dioses que lo sean realmente:

«¿Puede un hombre hacerse dioses?
Esos no serían dioses» (Jr 16,20).

Por suerte para el hombre, el Dios que parecía conquistado reaparece como juez y salvador. No queda nunca atrapado en sus numerosas mediaciones, dogmáticas, cúlticas, institucionales. Después de cada intento humano de conquista viene a librar al hombre de la opresión que ejercería sobre él su propia aberración. Viene desde su misma trascendencia.

«Tú eres un Dios escondido,
el Dios de Israel, su Salvador...
Se van avergonzados los que fabrican ídolos,
mientras el Señor salva a Israel» (Is 45,15s).

Todas las mediaciones son desenmascaradas por la clarividencia del profeta.

La nación, que pretende ser sin más el pueblo de Dios, oye de pronto del profeta: «No es mi pueblo» (Os 1,9). La supuesta elección no es una coartada para evadirse a las exigencias de la alianza.

«A vosotros os escogí
entre todas las familias de la tierra;
por eso os pediré cuentas de vuestros pecados»
(Am 3,2).

La tierra prometida y alcanzada se pierde otra vez, y su nueva posesión se promete tan sólo al que es fiel a la alianza (Os 9,3; Ez 33,24s). Ni Sión ni su templo pueden garantizar que Dios esté allí en medio de un pueblo que no es pueblo de Dios.

«¡Ay de los que se fían de Sión!» (Am 6,1).
«Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones
y habitaré con vosotros en este lugar.

No os creáis seguros con palabras engañosas, repitiendo: Es el templo del Señor...» (Jr 7,3s).

«¿No está el Señor en medio de nosotros? No podrá sucedernos nada malo» (Mi 3,11).

Ni la dinastía de David, con su dignidad de símbolo mesiánico, tiene asegurada su sobrevivencia en la injusticia; ésta no tiene futuro.

«De su estirpe no prosperará nadie que se siente en el trono de David» (Jr 22,29).

Las instituciones en las que el pueblo confía ciegamente, «la ley del sacerdote, el consejo del sabio, la palabra del profeta», no tienen poder alguno de salvar, si Dios retira de ellas su carisma (Jr 18,18).

«No se glorie el sabio de su sabiduría... Quien se gloria que se glorie de esto: de conocerme y de comprender que soy el Señor, que hace misericordia, derecho y justicia en la tierra» (Jr 9,22s).

De los falsos profetas:

«Si se pone uno a profetizar, le dirán el padre y la madre que lo engendraron: No quedarás con vida, porque has anunciado mentiras en nombre del Señor» (Zc 13,3).

Pero la palabra de Dios anunciada por el profeta verdadero no será definitivamente sofocada: Amós dice al sacerdote que quiere hacerle callar:

«El Señor me tomó de detrás del rebaño y me dijo:

Ve y profetiza a mi pueblo Israel» (Am 3,8).

«Si habla Yahveh, ¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

Esto quiere decir que todo intento de dominio sobre Dios y de entronización en su lugar de absolutos creados es actividad que un día u otro se revela imposible y estéril. El Absoluto verdadero reaparece, por supuesto, como juicio, para librar por él al hombre de su aberración.

C) EL ABSOLUTO VERDADERO REDIME DEL FANATISMO

El Absoluto verdadero pone en evidencia y desmonta toda suerte de fanatismos. Coloca al hombre en su lugar, defiende a los hombres del hombre, exige de la persona el ejercicio de su libertad y de su responsabilidad. No admite coartadas ni para dominar a los otros en su nombre, ni para evadirse al propio cometido en el mundo. El Absoluto verdadero pone en evidencia los falsos absolutos, denuncia a sus fabricantes y los redime así de su opresión.

El Dios de la Biblia no puede representarse en imágenes, pues no hay nada que lo represente adecuadamente. Su nombre es Yahveh, que significa «Soy el que veréis que soy». Con este nombre invita a encontrarle en la acción que está todavía en el futuro. Su realidad es amor, y sólo se le encuentra por la vía del amor hacia los otros. Ese Dios que no renuncia a su iniciativa es el que guarda a los demás de las arbitrariedades del fanático y el que llama también a éste a ser persona, imagen viva de Dios.

Particularismo intransigente y violento

A) PRIVATIZACION DEL DIOS UNIVERSAL

La pluralidad de dioses y de cultos divide a los hombres en el mundo ya desde Caín. Los pueblos hicieron siempre guerras y mataron en nombre de sus creencias. La Biblia habla de un reparto de naciones entre dioses:

«Cuando el Altísimo repartió la herencia a las naciones y distribuyó (entre los dioses) a los hijos de Adán... el lote de Yahveh fue su pueblo, Jacob fue su heredad» (Dt 32, 8s).

Con este lenguaje politeísta, tomado de otro origen, la Biblia expresa su heteroteísmo, que luego terminaría en la proclamación monoteísta. Pero la guerra y el odio fanático entre pueblos no termina con la adquisición de esa imagen de un Dios universal, que puede ser sólo teórica.

El monoteísmo teológico, sin un correspondiente universalismo antropológico, que sepa a todos los hombres hermanos y destinatarios de la salvación del Dios universal, se puede convertir en un arma mortífera contra todos aquellos que no piensan lo mismo. No vamos a afirmar que el politeísmo no puede ser fanático, pero el monoteísmo tiene tendencia particu-

lar a la intransigencia con los que no son adoradores de ese supuesto Dios universal.

B) EXCLUSIVISMO SECTARIO

En este momento la manipulación del Absoluto se proyecta en daño de los demás. El Dios universal privatizado, quitado a los que están en el error y encarnan el mal, ofrece el gran pretexto al sectarismo y al particularismo intransigente.

La privatización del Dios universal es una de las modalidades de la manipulación de que acabamos de hablar. Y dado que el Dios universal no entra en el mundo del hombre, en su experiencia, sino por vía particular, he ahí el camino de la privatización, que luego se traduce en exclusivismo fanático.

La Biblia registra muchas vías por las que se cae en esa aberración. El pueblo entendió la elección como privilegio discriminador en contra de los otros, en lugar de tomarla como compromiso de propia realización y principio de bien para los otros. Comprendió en sentido nacional y por momentos racial la filiación de Abraham, cuando éste representa todo un modo de ser persona, cargado de responsabilidad y también de esperanza. Se replegó de muchas maneras sobre sí y excluyó a los demás, siendo con ello infiel a su misión. Del celo religioso sacó odio, y en nombre de Dios practicó la violencia y la exclusión.

C) EL UNIVERSALISMO PROFETICO Y CRISTIANO

Esos rasgos particularistas tienen su réplica global en el universalismo claro y combativo de la historiografía, del profetismo, del humanismo sapiencial y del mensaje de Jesús. La réplica penetró en la misma conciencia del pueblo de la Biblia, con su convicción, en desacuerdo con su comportamiento. Ciertamente, lo de combativo puede entenderse como que el universalismo es una meta difícil de lograr; está siempre en tensión y lucha dialéctica con el particularismo.

El universalismo proclamado es una fuerza operativa, que retira su fundamento a la privatización exclusivista. Vamos a mencionar únicamente algunas de las expresiones más notorias de ese universalismo.

En los libros narrativos destacamos la teología creacionista del principio del Génesis, con ecos en la sabiduría y en la lírica. La teología yahvista y la sacerdotal reconocen que Dios salva también en otras historias santas, fuera de la del pueblo de Abraham. La misma actitud de apertura ante todos los pueblos se encuentra en los libros de Rut y de Jonás, réplica al particularismo de la época de Esdras.

Pero son otra vez los profetas los que más elevan su voz contra la privatización del Dios universal y contra toda tendencia exclusivista y sectaria.

El Dios en nombre del cual hablan los profetas exige justicia de todas las naciones (Am 1-3) y tiene el proyecto o designio de que todas formen su pueblo.

«Bendito mi pueblo Egipto,
y Asiria, obra de mis manos,
e Israel, mi heredad» (Is 19,25).

Jerusalén es vista por los profetas y salmistas no como pueblo separado, sino como metrópoli a donde acudirán todos los pueblos que reconocerán un día al Dios único.

«Hacia el monte del Señor
acudirán todas las gentes,
caminarán pueblos numerosos.
Dirán: Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob.
El nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas,
porque de Sión saldrá la ley,
de Jerusalén la palabra del Señor» (Is 2,2s).
«Vendrán pueblos incontables
y numerosas naciones
a consultar al Señor de los ejércitos en Jerusalén
y a implorar su protección» (Zc 8,22).

Y eso es lo que cantan los salmos del reino, al proclamar que «reina el Señor» (Sl 93, 96, 97, 98, 99), e invitan a todos los pueblos a aclamarlo.

El universalismo en el Nuevo Testamento está en diálogo con ciertas expresiones de sonido sorprendente, que hablan de la primacía de los judíos en el proyecto de la salvación.

«No vayáis a tierra de paganos» (Mt 9,5).

«Me han enviado sólo para las ovejas descarriadas de Israel» (Mt 15,24).

«Era menester anunciaros primero a vosotros el mensaje de Dios; pero como lo rechazáis..., sabed que vamos a dedicarnos a los paganos. Así nos lo ha mandado el Señor: Yo te haré luz de las naciones, para que lleves la salvación hasta el extremo de la tierra» (Hch 13,46s).

El mandato misionero exige llevar la buena noticia al mundo abierto. Y los apóstoles son enviados por el mundo a dar esa noticia.

«Id y haced discípulos de todas las naciones» (Mt 28,19).

«Recibiréis una fuerza, el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, para ser testigos míos en Jerusalén, en Samaria y hasta los confines del mundo» (Hch 1,8).

Dios no lo es sólo de los judíos, sino de todos los pueblos; su salvación es universal.

«¿Acaso Dios lo es solamente de los judíos? ¿No lo es también de los otros pueblos? Evidentemente que también de los otros pueblos, dado que hay un solo Dios» (Rm 3,29).

«La promesa vale para vosotros y para vuestros hijos y además para todos los extranjeros que llame al Señor Dios nuestro» (Hch 2,39).

La verdadera filiación de Abraham no es puramente biológica, ni racial ni nacional. Es una cualidad que se adquiere adoptando la actitud y el comportamiento del patriarca.

«De estas piedras es capaz Dios de hacer hijos de Abraham» (Mt 3,9).

«Si fuérais hijos de Abraham, os portaríais como él» (Ju 8,40).

«No todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham» (Rm 9,7).

Este universalismo retira todo fundamento al particularismo y al exclusivismo sectario, y denuncia la privatización de la salvación y la violencia en su nombre.

La persona disminuida

A) EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL; LA RELIGION SIN ETICA

Los dos frentes del fanatismo que acabamos de analizar —intento de manipulación del Absoluto y exclusivismo violento— revierten en daño personal de quienes entran por ellos. El fanático, por un lado, se cierra a sí mismo el ámbito necesario de expansión: la

comunidad humana amplia y el horizonte infinito del Absoluto verdadero. Por otro lado, adopta y cultiva una conducta que hace imposible el ejercicio lúcido de la personalidad, porque, cediendo toda la beligerancia a la emotividad, cae en una obcecación alucinada.

Pero todavía hay otro capítulo de autodestrucción de la persona fanática al que queremos aludir. Está

justamente en la raíz de los anteriores. Se trata del cultivo de una religiosidad que descuida o minusvalora el lado ético y, en nombre de Dios, huye del necesario compromiso con el mundo y con los hombres. La Biblia reseña ampliamente este fenómeno diario, rasgo bien destacado de todos los fanatismos.

No es del caso enfrentar, en este contexto, como se ha hecho muchas veces, la llamada religión sacerdotal y la profética, para desechar la una en nombre de la otra. Ciertamente es que el sacerdocio en la Biblia es con frecuencia acusado de abandonar su función de enseñar y de reducir su actividad al ritualismo del culto sacrificial. Pero la recta religión sacerdotal tiene la dimensión ética que puede tener la del profeta, y ésta requiere un medio de expresión que puede darse en aquélla. No hay razón para hablar de dos religiones, sino de acentos diferentes. Mientras se trate de acento no hay razón de llegar a la unidimensionalidad de una religión casi sin ética ni de una ética sin culto. La unidimensionalidad sería justamente el caso del fanatismo.

B) EL DOBLE NIVEL DE LA ALIANZA Y EL CULTO VERDADERO

La teología de la Biblia rechaza, en sus múltiples estratos, ese funesto dualismo y, por supuesto, condena la evasiva del compromiso del hombre con el mundo y la reducción del ejercicio de la personalidad consciente y responsable. La comunidad de la alianza en la que la persona ha de integrarse tiene dos dimensiones: una horizontal que une entre sí a los hombres con lazos de justicia y de amor (llamémosle lado ético), y otra vertical que sabe de Dios como principio alentador de la humana comunidad.

La ley de la alianza ostenta en el Decálogo, su ley fundamental, un sorprendente equilibrio entre esas dos dimensiones, regulando con idéntica atención la relación religiosa y la ética. Los restantes códigos de la ley desarrollan con mucha letra y con acentos diferentes esas dos relaciones, pero sin descuidar ninguna de ellas. Cuando Jesús simplifica una ley que se ha hecho letra muerta y la vuelve a las raíces en donde está a la vista su espíritu, mantiene los dos preceptos sustanciales, que cargan el acento en el término amor, que es la vida de la alianza.

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mandamiento principal y el primero. Pero hay un segundo no menos importante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De esos dos mandamientos penden la ley entera y los profetas» (Mt 22,37-40).

Pero si hubiera que abreviar más y quedarse con un solo mandamiento, se optaría con Pablo:

«La ley entera queda cumplida con un solo mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gl 5,14).

Esta es la única expresión válida del verdadero amor a Dios.

Las manifestaciones religiosas en un culto que no procede de un comportamiento acorde con lo que el culto significa son implacablemente denunciadas por los profetas de la Biblia, que reclaman del hombre

justicia, rectitud y amor a los hombres. Recogemos algunas muestras:

«La obediencia es mejor que el sacrificio y la docilidad mejor que la grasa de carneros» (I Sm 15,22).

«Odio, desprecio vuestras fiestas, no soporto vuestras asambleas... Corra el derecho como el agua y la justicia como torrente inagotable» (Am 5,21.24).

«Quiero amor y no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos» (Os 6,6).

«Efraim hizo muchos altares para expiar sus pecados, pero los altares le sirvieron sólo para pecar» (Os 8,11).

«¿Con qué me presentaré a Yavhev?... ¿Querrá acaso Yahveh millares de carneros?... Se te ha revelado, oh hombre, lo que es bueno...:

Tan sólo practicar la justicia, amar el bien y vivir humildemente ante Dios» (Mi 6,6-8).

«¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios?...

Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad vuestras malas acciones de mi vista. Dejad de obrar el mal, aprended a obrar el bien; buscad lo que es recto, enderezad lo violento, defended al huérfano, proteged a la viuda» (Is 1,11.15-17).

«Ese es el ayuno que yo prefiero: Abrir las prisiones injustas... dejar libres a los oprimidos... partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo» (Is 58,6s).

«Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comeos la carne.

Cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les ordené ni les hablé de holocaustos y sacrificios.

Esta fue la orden que les dí: Caminad por el camino que os mando para que os vaya bien» (Jr 7,21-23).

C) EL HUMANISMO SAPIENCIAL Y EL CRISTIANO

Esa misma es, por supuesto, la enseñanza de los sabios. Para ellos las malas obras son incompatibles con el culto, y las obras buenas son culto grato a Dios.

«Practicar el derecho y la justicia, lo prefiere Dios a los sacrificios» (Prv 21,3).

«Sacrificios de posesiones injustas son impuros y no son aceptados los dones de los inicuos... Es sacrificar un hijo delante de su padre quitar a los pobres para ofrecer sacrificios» (Eclo 34,18.20).

«El que observa la ley hace una buena ofrenda, el que guarda los mandamientos ofrece sacrificio eucarístico, el que hace favores ofrenda flor de harina, el que da limosna ofrece sacrificio de alabanza (Eclo 35,1s).

También los Salmos didácticos abundan en esa convicción.

«¿Quién, Señor, podrá ser huésped de tu tienda?
¿Quién hacer su morada en tu santo monte?
Aquel que se comporta con integridad
y obra con rectitud,
que dice la verdad en su interior
y con su lengua no calumnia,
que no hace daño a su vecino
y no vilipendia a su prójimo» (Sl 15,1-3).

«¿Quién podrá subir al monte del Señor?...
El que tiene limpias las manos y puro el corazón,
el que no desea cosas vanas ni jura con perfidia»
(Sl 24,3s).

En el espíritu y hasta en la letra de la enseñanza de Jesús, así como en todo el mensaje del Nuevo Testamento, el hombre está antes que el culto; es más importante que las mediaciones religiosas. Nadie puede buscar en ellas evasiva para dispensarse de ayudar y de amar efectivamente a los hombres.

«Si al ir a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5,23s).

«El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27).

«El Señor no eligió la nación por el lugar, sino el lugar por la nación» (I Mac 5,19).

En el Nuevo Testamento es denunciado el nomismo, esa aberrante absolutización de la ley, que permite a los hombres del tipo del fariseo retratado por Lucas (Lc 18,9-14) gloriarse de sí mismos, despreciar a los hombres y desafiar al mismo Dios. Pero fue el exfariseo Pablo quien más a fondo se empleó en la batalla del fanatismo nomista, que condujo a Jesús a la muerte y que sigue siendo principio de hipocresía y de opresión en la iglesia.

«Muchos miles de judíos se han hecho creyentes, pero siguen siendo igualmente fanáticos de la ley» (Hch 21,20s).

«Mientras te glorias de la ley ¿afrentas a Dios violando esa ley? (Rm 2,23).

«Dios rehabilita al hombre que tiene fe, independientemente de las obras de la ley» (Rm 3,28).

CONCLUSION

Para concluir, y respondiendo a las preguntas del principio, no hay en la Biblia base alguna que aliente el fanatismo, si realmente se escucha su palabra. Pero la Biblia está expuesta a la manipulación, como todas las mediaciones. La historia es testigo de ello. También otras religiones cometen ese abuso en nombre de sus sagradas escrituras. Pero la Biblia abunda en la denuncia de lo que hemos venido definiendo como

frentes del fanatismo y atestigua una lucha seria y constante por su superación.

A) CONEXION DE LOS TRES FACTORES DEL FANATISMO

Los tres factores o principios que hemos analizado tienen estrecho nexo entre sí: los unos operan como fundamento de los otros y éstos como exponente de aquéllos.

Con el intento de manipulación del Absoluto se manifiesta y fomenta una actitud mágica que, en lugar de responder a la llamada de Dios, toma ella la iniciativa ante una trascendencia vaga y difusa, modela sus exigencias a su modo y le rinde una adoración indudablemente idolátrica.

Desde la pretendida posesión de tan elevado medio de poder, el fanático quiere imponer luego sus fueros, en dimensión horizontal, sobre todos los hombres. En nombre de la posesión de toda la verdad y de toda la justicia, despoja a los demás de su derecho y razón.

Pero con ello se cierra a sí mismo su horizonte vital: los otros hombres y Dios. El que no se siente guardián de su hermano tampoco encontrará en el hermano su guardián. Ese cierre obcecado en sí mismo conlleva la perdición para la persona del fanático.

B) URGENCIA DE CLARIFICACION

El fanatismo es una vieja actitud viciosa y nefasta, causa de muchos de los males que afligieron a la humanidad. Su furor sigue asolando hoy mismo el mundo. Tal vez en la raíz del fanático haya una debilidad un tanto patológica que sueña con someter a los demás, en cuanto tenga en sus manos el poder y la legitimación para hacerlo. Lo hará, en efecto, en el nombre de una santa razón.

Lo trágico del fanatismo religioso radica en que pervierte lo que estaba llamado a ser principio de salvación. En nombre del Dios salvador desencadena el fanático una fuerza de infierno en el mundo, que amarga y hace estallar la convivencia de los hombres. El fanatismo infecta la política, la ciencia, la cultura, la nación, la raza y la clase social.

C) FUNCION DEL CARISMA CRITICO Y DE LA RACIONALIDAD

El fanatismo es una forma de mal que seguramente estuvo siempre y que estará en adelante en la comunidad humana. Pero eso no quiere decir que ésta deba rendirse a su señorío osado y despótico. Es preciso tomar conciencia de él y ayudar a los hombres a liberarse de su inhumana opresión.

Desde una experiencia milenaria, unas veces de involucramiento y otras veces de lucha, el fanatismo es un fenómeno bien conocido en la Biblia. En ella se pueden encontrar criterios ciertos para detectarlo en sus principios y señales para identificarlos en sus manifestaciones. Las fuerzas que trabajan allí por su superación son el carisma crítico en la palabra de los profetas, el ejercicio de racionalidad del que, entre otros, son una muestra los sabios, y el mensaje evangélico de amor y respeto a los hombres y a Dios. Esos principios siguen teniendo vigencia y valor. Y apelan a todos los hombres a hacerse sus portadores.